

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Alguien me preguntaba, en charla caprichosa, por la variedad de asuntos, qué causa pudiera señalarse que explicase la afición vivísima que se está desarrollando por las novelas policíacas, de crímenes y apachismo.

Que tal moda existe, no puede negarse; esta clase de novela corre y cunde que es una bendición, y no contenta con invadir los cajones de las mesas de noche, se ha corrido a los escenarios, donde logran triunfos de taquilla obras como *Raffles* y *El misterio del cuarto amarillo*, que pronto veremos en el Teatro de la Princesa, con todos los honores.

Después de la exactitud achatada que predominó en la época del naturalismo de escuela, tenía que venir este desenfreno inventivo, esta nueva forma de los viejos relatos espeluznantes de la novelista inglesa Ana Radcliffe, autora de *Los misterios del castillo de Udolfo* y de los *Penitentes negros*, si la memoria no me es infiel. Tenía que reencarnarse la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*. No es que en la misma obra del pontífice del naturalismo, de Emilio Zola, falte algún libro en que se estudia el crimen, por cierto con la desanimadora conclusión de que todos suelen quedar impunes: así sucede en *La bestia humana*, donde el asesinato cometido en el tren, lo mismo que los envenenamientos, y otro asesinato de la herofina, apuñalada por su amante en un acceso de epilepsia impulsiva, no traen consecuencias para los autores. Y yo debo decir que, aparte de la opinión que se forme del mérito del libro, no deja de ser cierto que pocos crímenes se ponen enteramente en claro y son castigados eficazmente por la justicia humana. En mi memoria conservo un sin número de casos, y, en algunos, parte de público sabía perfectamente sobre quién debiera recaer la responsabilidad: pero también era general convicción que todo concurría a envolver en tinieblas los hechos, y poco a poco, la opinión iba extraviándose. A veces, en estos casos, se siente indignación profunda; otras, suponemos que, pues así está organizada la sociedad, es evidente que no puede estarlo de otro modo, especialmente cuando las tendencias jurídicas van hacia la lenidad a agigantados pasos. Por eso la nueva literatura policíaca y criminal denuncia un estado de conciencia asaz alarmante. El criminal se convierte en héroe.

El que los crímenes no se descubran, puede consistir en la falta de habilidad de los llamados a esclarecerlos. Que a menudo adolecen las investigaciones de torpeza, lo sabemos de sobra. Cansados estamos de oír repetir, cuando se habla de algún crimen envuelto en sombras y dudas: «Si estoy yo allí en los primeros momentos, algo hubiese rastreado.» ¡Los primeros momentos! Son la clave de todo, para quien posea un adarme de inteligencia analítica... Sucede con los primeros momentos en un crimen, como con los primeros de la pérdida de un objeto precioso: si alguien que no sea listo busca primero, y revuelve, y quita de su sitio las cosas, nunca aparecerá lo perdido.

Sobre esta idea de que para descubrir un crimen hace falta, no sólo mucha actividad, sino gran reflexión y penetración, están basadas las actuales novelas policíacas, y se ha creado, al lado del héroe criminal, el tipo del detective, casi tan interesante, a veces más, y que necesariamente ha de ser un hombre de talento, de astucia, de combinaciones y resortes inagotables. En esta lucha entre el bien y el mal, entre Arimanes y Ormuz, el detective representa la victoria definitiva de la luz sobre las tinieblas. El detective, además, se aprovecha, lo mismo que el criminal, de los adelantos de la ciencia, de las inducciones de la psicología, de los datos de la antropología, y de las finezas y delicadezas del arte. Son dos sabios especialistas que luchan, envueltos en su arnés de guerra, y mientras los demás mortales no sospechan su combate cuerpo a cuerpo, pasan por entre la multi-

tud, el uno para defender a la sociedad, el otro para reírse de defensas y baluartes, aventurero osado, que, en medio de la extrema civilización, reproduce las hazañas realizadas por sus congéneres, en épocas acaso menos propicias.

En los tiempos medioevales, el aventurero buscaba gloria, reinos lejanos; era Roger de Flor, Guido de Lusignan, y cuando la literatura idealizaba el tipo, era Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, Felixmarte de Hircania, el caballero andante, lleno de temprano romanticismo, que soñaba, combatía, triunfaba, y ante quien se abrían las puertas de hierro, se rendían las torres guardadas por fieros jayanes, caían rendidos, vomitando fétido humo por las rojas golas, endriagos, vestiglos y quimeras, mientras eran partidos por la cintura disformes gigantes, redimidas princesas cautivas, desbaratados los planes de los malignos encantadores y, en suma, realizadas hazañas nunca vistas y sobrenaturales, sin más que un vigoroso brazo, un intrépido corazón, y una bien templada hoja. Sin duda se admirarán muchos de que encuentre analogías entre los antiguos caballeros andantes y los detectives y apaches de hoy; y sin embargo, deducido cuanto haya que deducir, admitida la diferencia de tiempos, ideales y sociedades, las analogías persisten, y las novelas policíacas son una nueva forma de los libros de caballerías que a don Quijote le sorbieron el seso. Se me dirá que los héroes de las novelas policíacas son todo, menos caballeros, menos paladines. No lo son ciertamente al modo de los Amadises, pero algo y aun algo han influido los Amadises en la creación de la figura del bandido generoso, que empieza en Hernani y acaba en el Vivillo. Y en cuanto a los detectives, éstos, está a la vista, son completamente caballerescos, en su protección a los débiles, a las mujeres oprimidas, acusadas falsamente de delitos o crímenes que no cometieron. ¿Quién más enderezador de entuertos y más defensor de Princesas Micomiconas que Sherlock Holmes?

Lo que esto significa, bien mirado, es que la naturaleza humana ha tenido siempre iguales exigencias, iguales antojos; que place a la mayoría de la gente, no sólo el relato de extraordinarios e inverosímiles sucesos, no sólo el interés suspenso y espoleado sin cesar, como en los folletines, sino la empresa generosa contra el mal, la lid en que al cabo, el bien lleva la mejor parte. Y como quiera que hoy, en nuestra organización presente, todo está regularizado y previsto, todo marcha por cauces legales, monótonos, excepto la pasión, el delito y el crimen; como hasta las formas idealistas políticas, antaño meramente revolucionarias, hoy son tendentes a las formas criminales que reseñó Lombroso, no hay que asombrarse si la novela cansada de contarnos la vida de un señor que detrás de un mostrador vende tejidos, o un empleado que se pasa el día en su oficina y por la tarde toma el fresco paseando—con otras humildes realidades que no rebasan de los límites de lo que cada cual ve a su alrededor,—va hacia lo extraordinario, hasta lo imposible, lo que por un momento, y en los dominios en gran parte inexplorados de la fantasía, ha de sustraernos a la vida diaria, a su insufrible normalidad...

Cuanto mejor lo examino, más cierto me parece que los héroes buenos de las actuales novelas policíacas, y aun de las antiguas y ya pasadas de moda (como por ejemplo *Los misterios de París*), tienen estrecha afinidad con los paladines, sin tacha y sin miedo. Como ellos, arrostran sin temblar los peligros espantosos; como ellos, tratan de romper la telaraña de las maquinaciones de los malvados; como ellos, salen bien de trances en que es increíble no dejar la piel; como ellos, el fuego no los quema, el agua no los ahoga, el puñal se rompe cuando va a herirlos, los abismos, después de tragarlos, los devuelven, y las más asombrosas transformaciones les permiten pasar por entre sus enemigos sin ser reconocidos ni sospechados... Todo esto significa que, en un momento dado, la gente se cansa de lo natural, siente náusea de la verdad severa y triste, prefiere sacudir la como un peso incómodo, y en alas de la curiosidad y de la emoción, quiere volar por los cielos pintoreados del disparate...

No afirmo que sea enteramente inventado todo lo que narran las novelas policíacas. Al contrario: tiene su fundamento. A la relajación de los lazos morales, a la desencadenada furia de los apetitos y concupiscencias, a todos los conflictos del alma moderna, ya abandonada al escepticismo en todos los órdenes, ha correspondido el empuje del crimen, y sus formas nuevas, y su aterradora vigorización. Cultivada la inteligencia para el mal, el mal tiene que ser su fruto; y cuanto más esmerado e intenso el cultivo, los frutos más varios, venenosos y embrujado-

res. No hay sino echar una ojeada a los crímenes recientes en Francia, para observar cómo se acusa en ellos este sello de novedad dramática, obligando a exclamar: «¡Si parece un folletín!» Ahí está el famosísimo y al principio inexplicable de la calle de Ordenier; los robos incomprensibles realizados por personas de alta posición, en circunstancias especialmente novelescas; ahí está esa obsesiva historia de Enriqueta Martí, fermentada en corrupciones; historia que, parece rodearse, de más espesas sombras, de misterio más impenetrable, cuanto más se habla y escribe de ella. No cabe duda; lo mismo los criminales que los policías, encuentran hoy, para su combate secreto y subterráneo, poderosos elementos auxiliares en los adelantos prácticos de la ciencia, y los aprovechan como aprovecha un general las armas nuevas, los últimos explosivos, las conquistas de la aerostación. ¿Qué otra cosa sino una guerra es lo que la policía riñe con las huestes, cada día mejor organizadas, del crimen? Hasta las ideas políticas han venido a influir en esta organización temible de los malhechores. Lo cual no es completamente una novedad: en todo tiempo, las vicisitudes de la política han impreso su huella en la criminalidad, ejercitada en gavillas, o por medio de asociaciones con jefes reconocidos, y subordinados que llegan hasta el fanatismo en su obediencia. De esto pudieran citarse innumerables ejemplos históricos, desde los *calentadores* del Mediodía, en el período revolucionario francés, y la Maffia y la Camorra sicilianas, hasta los nihilistas rusos y los carbonarios románticos, cuyo santo patrono es Orsini. Sin duda existe una escala de matices y grados entre el criminal político descrito y estudiado por Lombroso, y el apache parisien; pero todo crimen es un crimen, y atenta a los cimientos de la sociedad; todos tiene que perseguirlos la policía con igual empeño. De aquí el extraordinario incremento de esta institución, el carácter cada vez más científico de que se reviste, la labor que realiza, unas veces con inteligencia y fortuna, otras con cierto descuido, sería ocioso negarlo... y, síntoma curioso: al lado de la policía oficialmente constituida, empieza a alzarse otra, espontánea, la del público, que se aficiona, como a la caza, a estas investigaciones. En primera línea, los periodistas; ávidos de noticias, deseosos de servir al lector manjares que despierten su apetito. Un periodista puede ser para la policía buen auxiliar. No sólo es un auxiliar hasta cierto punto desinteresado, sino lleno de amor propio y de anhelo de acertar y rasgar los velos y encontrar el fondo de los hechos. En todo periodista hay lastre de literatura; raro será el que no haya probado sus fuerzas en novela o drama. Así pueden fácilmente ver en los hechos esas conexiones de la fantasía que son reales o pueden serlo; esas explicaciones que a veces no encuentran los que pertenecen a un oficio, a una profesión, y se encierran en su rutina. No negaré que pueda también inducir a error el considerar las cosas desde un punto de vista demasiado novelesco; pero tampoco es modo de acertar mirarlás con profesional tedio y desgana, admitir por pereza cualquier explicación, y no apreciar, en los diversos casos, los antecedentes que los prepararon y los diferencian...

Yo he oído decir—siempre hay quien acuse a las letras con fruición—que en el desarrollo creciente de la criminalidad organizada y osada, que levanta la cabeza en los grandes centros, correspondía no escasa parte de culpa a esas novelas donde, en vez del cabalero andante, surge la figura complicada y resbaladiza de Sherlock Holmes, defensor de los inocentes, descubridor de los culpados, por mucho que se escondan y multipliquen sus disfraces y transformaciones; a esas novelas ya predilectas del público en Francia, en Inglaterra, en Alemania. Disculpemos a las novelas o a sus autores, ya que no han creado el estado de cosas, y son, al contrario, fruto de él. El ejército del crimen da cada día más que hacer, y, por consiguiente, que hablar. A la vista tengo los diarios de hoy: hablan de los crímenes cometidos por la banda a que pertenecía el anarquista y apache Carouy, mezclado en lo de la calle de Ordenier, y que no había medio de capturar. Al fin, le divisaron cruzando, como un verdadero *Fantomas*, en bicicleta, con el pelo teñido y afeitada la barba, riéndose de la policía. Se le dió una batida en regla, disfraczándose a su vez, siempre como en las novelas, polizontes y detectives. La escena del arresto del bandido, es un capítulo que no dejarán perder los escritores que cultivan el género.

¿Por qué culpar a la literatura? Habría que repetir, por centésima vez, que una novela es un espejo paseado a lo largo del camino, y no es culpa del que lo lleva en la mano lo que en la brillante luna se refleja...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.